

Universidad I+D: el retorno del Buscón

J. A. MARTÍN — PEREDA

Levamos muchos años intentado descubrir los papeles que centros académicos, por un lado, y empresas e industrias, por otro, han de representar en este marasmo de sociedad finisecular que nos rodea. Creo que pocos temas han sido más discutidos y pocos han tenido más interpretaciones de todo signo. Curiosamente, en casi todas las ocasiones todo el mundo está de acuerdo en el hecho básico de que ninguno de los dos sectores puede, ni debe, vivir sin el otro.

El problema básico se plantea sobre la forma en que este encuentro ha de hacerse. Y al mismo tiempo también sobre cuáles han de ser los mecanismos para llevarlo a cabo. Hubo un tiempo, y de esto no hace más de diez años, en el que se decía que la Universidad vivía encerrada en una torre de marfil. Se decía que de ella no salía si no era en demanda urgente de ayuda para su supervivencia, tanto la puramente docente como la investigadora. Al mismo tiempo se afirmaba, sin escrúpulos, que la industria apenas necesitaba del apoyo académico para seguir avanzando. Que los gloriosos resultados del principio y mitad de la década de los ochenta lo demostraban si de manera ocasional se llegaban a establecer colaboraciones entre ambos entornos, o lo eran a título casi personal, o como una forma de rellenar un apartado en el epígrafe de "otros gastos".

La situación cambió de manera drástica a raíz del célebre artículo 11 de la Ley de Reforma Universitaria. Mediante él, las colaboraciones entre universidades e industrias adquirieron carta legal de naturaleza y, lo que era más importante, al menos para los universitarios, éstos podrían incrementar de una manera sustancial sus ingresos gracias a las antedichas colaboraciones. Una verdadera carrera contrarreloj se desató en todos los entornos involucrados, principalmente en los más tecnológicos, por lograr introducirse en las industrias, fueran del tipo que fueran, y, sobre todo, en la forma que más cómodo resultase.

Los resultados se han ido viendo de manera gradual en los últimos años y hoy son muy pocos los departamentos universitarios que no tienen uno o más contactos, bien sea con industrias, con empresas o con consultorías de su sector, para realizar los trabajos más diversos y heterogéneos. Todo esto, de acuerdo con los objetivos que se pretendían en un principio, parece algo bueno y beneficioso y a todos nos debería llenar de orgullo. Pero todo esto ¿es bueno y beneficioso? Hay algunas voces que ya empiezan a cuestionarse la bondad intrínseca del camino seguido. Uno de los elementos esenciales para toda sociedad que pretenda avanzar de manera pausada por el camino de su historia es el nivel científico y técnico que mantiene en su Universidad. Porque la Universidad ha sido siempre, o al menos ha debido serlo, la antorcha

desde la que se iluminen los senderos por los que todo colectivo de gentes debe ir avanzando. De ella deben surgir las ideas que, tarde o temprano, serán las que guíen a los pueblos y a las sociedades, y de sus pensadores y hombres de ciencia y tecnología, los conceptos que deberán ser puestos en marcha en un futuro más o menos próximo. La Universidad no debe ser sólo el reflejo de la sociedad del hoy, sino que debe ser la pauta que marque el camino del mañana. Sus hombres no deben estar sólo aferrados a los problemas del día a día, sino que han de intuir lo que va a suceder en unos cuantos años y buscar las soluciones para que se avance por el camino más correcto con el menor riesgo posible.

La solución que se ha adoptado, principalmente en muchos de los entornos de las llamadas "tecnologías duras", es la de que los profesionales de la Universidad se están dedicando tan sólo a resolver los problemas que las industrias o las empresas tienen hoy. Y esto es algo tan estéril como preocuparse por el cómo se comerá hoy, olvidándose del día siguiente.

La Universidad ha de vivir en contacto directo con los problemas que existen en el presente, sí, pero no debe quedarse tan sólo ahí. Y la impresión que se desprende de parte de lo que se hace en muchos departamentos universitarios actuales es que, preocupados por la consecución de unos fondos más o menos fáciles, se desprecupan de mantenerse al tanto de las técnicas y de las tecnologías que, inútiles casi por completo en ese hoy, serán las que, con toda seguridad, mandarán mañana. Es como una inversión a corto plazo, con beneficios directos casi inmediatos, pero que, al igual que ocurre en otros sectores, es una forma encubierta de especulación sin futuro. La Universidad así, en cierta manera, se está descapitalizando parcialmente. Muchos de los grupos que hoy aparentan encontrarse en un nivel tecnológico de una cierta calidad pueden quedar reducidos dentro de unos pocos años a un estado quizá no de total obsolescencia, pero sí de una muy débil competencia con otros equivalentes del exterior. Y pensemos que dentro de poco tiempo España y sus industrias serán sólo una parte pequeña de esa cosa que hoy llamamos la CE.

La impresión que se tiene, en consecuencia, es que el equilibrio que debería haberse logrado entre un servicio directo a la sociedad, apoyando fuertemente a la industria, y una labor constante de formación hacia áreas emergentes y de futuro se está perdiendo. Muchos grupos universitarios prefieren dedicarse por completo a tareas absolutamente propias de la industria. Con ello se obtienen unos aportes económicos que en su mayor parte no redundan de manera efectiva sobre los fondos instrumentales o bibliográficos de las universidades, sino que inciden apenas sólo sobre el *status* económico de los integrantes del

grupo. Y esto, como es evidente, no sería malo si al mismo tiempo se estimulara también lo "otro", lo que de verdad es el fin último de la Universidad. Y este fin, ya lo hemos dicho, no es otro que la creación del saber, tanto el que es útil hoy como el que lo será mañana, y, al mismo tiempo, su difusión hacia la sociedad en todos sus segmentos.

Como es lógico, existen mecanismos legales que en teoría podrían lograr mantener el equilibrio al que antes he aludido. Los departamentos universitarios, los centros y los propios rectorados disponen de procedimientos por los que se podría hacer cumplir el balance entre lo que la sociedad pide a través de su industria y lo que la Universidad debe de ser por su origen primigenio. Pero los organismos y las leyes tienen personas detrás.

Curiosamente, este equilibrio está perfectamente conseguido en infinidad de universidades de muchos otros países. Sin intentar dar nombres concretos, se podría citar una multitud de casos en los que investigadores de muy primera fila, algunos de ellos pioneros de campos tan aparentemente teóricos como la electrónica cuántica, un ejercicio activo de su docencia y su investigación, y publicando de continuo artículos que siguen siendo referencia obligada, mantienen contacto directo con empresas líderes en su campo, y en algunos casos llegan incluso a formar parte de ellas. ¿Podría decirse algo equivalente de nuestro país?

Puede plantearse, como excusa, el hecho de que nuestra industria no es puntera en casi ningún campo. En consecuencia, las colaboraciones que se puedan hacer para ella han de tener un nivel concordante. Pero una cosa no quita la otra. Se puede colaborar con una empresa de nivel medio, intentando resolver sus problemas más perentorios y que, con toda seguridad, muy difícilmente podrán dar lugar a artículos de calidad en revistas técnicas de prestigio internacional, pero, al mismo tiempo, se debe seguir otra línea paralela, quizá muy alejada de la anterior, pero que si mantenga el nivel requerido por el avance tecnológico más reciente. El mantener en las universidades meros centros de consultoría, con entrada de dinero fácil, sin dedicar una parte importante del tiempo restante a la creación real de ciencia o tecnología, es una forma indirecta de prostitución encubierta y de destinar la Universidad a un fin por completo ajeno al que es su fin último. Afortunadamente no todos los departamentos universitarios obran así. En un intento de iniciar el cambio, sólo habría la necesidad de que las universidades adoptaran unos códigos deontológicos análogos a los que existen en otras profesiones, pero que en este sector, el universitario, está ausente.